

La palabra y la “fina” ironía de los sufijos diminutivos

“Nidito”, “maridito”, “faldita”... podríamos enjaretar unos cuantos más, sin duda. Y me malicio que a pocos lectores se les ocurrirá pensar en el tamaño reducido del nido de las cigüeñas, por ejemplo, o en la escueta estatura del esposo de una amiga, o en la falda de talla xs que luce alguien (superado el binarismo, ahora esa prenda no es privativa de las féminas).

La morfosintaxis nos enseña toda la enjundia que esconden los sufijos diminutivos: cierto que algo de pequeñez existe, bastante de afectividad: “malita”, “pobrecito” y mucho de intencionalidad, no sé si aviesa, torticera...en cualquier caso, van cargados de retranca e ironía.

Uno de los más aplaudidos en los últimos días es: “piquito”, famoso término que pretende justificar comportamientos detestables. En la estructura profunda, subyace un contenido de una potente carga exculpatoria: “solo es un cariñito -ahí va otro diminutivo menguado- una aproximación de amigos y conocidos, nada, una tontería -“tonterieta” dirán algunos- y como hemos interiorizado que el diminutivo reduce todo, ahí va ese beso en la boca, que es una nadería, un apretar de labios sin más, como si hubiera sido un refrote de narices o un entrechocar de codos. Cultura y estereotipos, me dirán. Los mediterráneos somos muy de sobar, achuchar y besuquear: “toquecito”, “achuchoncito” y hasta “morreíto”. Pequeños tal vez, afectivos, quizá. Solo si los implicados lo consienten y dicen: ¡dale!, vamos con el “pico” sin aminorar el lexema ni la acción.

Con la que está cayendo, vaya “tiempito” o “tiempecito” nos está regalando la climatología -a pesar de que el cambio del ídem es una patraña de mentes febriles y calenturientas- conviene pararse y pensar; un momento de reflexión antes de proferir palabras en diminutivo: analizar a quién, dónde y por qué se profieren.